

ROMA, UNA ESPERANZA UTOPICA

M.Estela Assis de Rojo
Universidad Nacional de Tucumán

Virgilio (y también Horacio) reconoce en los mitos una significación simbólica; esas narraciones constituyen una aproximación a la verdad y, al mismo tiempo, son bellas, lo que es una forma de eternidad.

El tema de la utopía, por su misma naturaleza y complejidad, ofrece múltiples vías de acceso para el tratamiento tanto de su especificidad como de una amplia red de relaciones con otros temas. En este marco inserto el abordaje de elementos utópicos en el mito de la Edad de Oro y las Islas Bienaventuradas, elementos que traducen la interpretación de una realidad en crisis y un intento de superación. Si bien el nombre y concepto de utopía cobran carta de identidad y se sistematizan a partir del siglo XVI con T. Moro, no por ello se niega la existencia de elementos utópicos en épocas y escritores anteriores; de ahí la pertinencia del análisis de estos rasgos en discursos previos al período en que nace formalmente como teoría.

En un sentido amplio, existen notas afines que justifican un estudio comparativo: la presencia de un referente, dado por una sociedad en crisis que impacta al escritor; una propuesta alternativa y superadora de esa crisis; una actitud de búsqueda constante de lo otro, o sea, la convicción de que se aspira a un mundo mejor; la manifestación en el discurso de una función ilocutiva y perlocutiva al intentar el emisor convencer y poner en acción al receptor del mensaje.

Dentro de una amplia variedad de discursos que presentan elementos utópicos a través de los cuales es posible interpretar la crisis y proponer soluciones, me abocaré al análisis de dos de ellos: el Epodo XVI de Q. Horacio Flaco (1946 y 1967) y la Bucólica IV de P. Virgilio Marón (1982). Ambos escritores pertenecen al siglo I a.C. y ellos reactualizan el mito, ofreciendo su tratamiento puntos de contacto con lo que posteriormente será la utopía sobre todo porque, partiendo de un discurso altamente condensado como es el poético, proponen una respuesta de carácter ético-político frente a la crisis de sus sociedad. De esta manera, el receptor del mensaje de cualquier época y lugar puede descubrir, a través de estos dos discursos literarios, el rostro de la Roma del siglo I a.C., al mismo tiempo que captar cómo era vista por sus mismos integrantes y cómo el mito ofrece una interpretación de la realidad y soluciones que, aunque utópicas, están impregnadas de las expectativas comunes al contexto cultural.

El siglo I a.C. es escenario de continuas luchas e intentos por superar la cri-

sis de la república romana que agonizaba desde que la crisis institucional del siglo II a.C. demostró que la constitución que había sido apta para Roma-ciudad estado, resultaba de cortos alcances para las necesidades de creciente complejidad que pesaban sobre la nueva Roma, cabeza del Imperio. En el siglo I a.C. bule, pues, una serie de contradicciones significativas cuyos límites están dados por la política de pacificación y renovación augustal. Se oponen netamente un antes y un después: el primero, connotado negativamente, corresponde al período histórico de las guerras civiles; el segundo, de notas positivas, es el momento en que Augusto conduce los negocios públicos. Ambos conforman una oposición dialéctica fundamental: crisis versus superación de la crisis.

Los poetas latinos de esta época, conscientes de la función social de la palabra, recuperan la memoria colectiva y proponen por la vía poética su interpretación del presente caótico. Sabiéndose intérpretes de sentimientos colectivos y sintiendo la inspiración divina, desde la superioridad de su conciencia, emiten su juicio profético. Sus discursos se convierten, de esta manera, en portavoces de sentimientos del pueblo: de ahí el carácter auténticamente romano de su poesía.

En el momento en que componen los Epodos y Bucólicas, Horacio y Virgilio comparten un mismo referente histórico: el período de enfrentamiento entre M. Antonio y Octavio y la lucha por la hegemonía del poder. En este marco de tensiones, el tratado de Bríndisi (39 a.C.) trae expectativas de paz al mundo romano pero el posterior rompimiento del pacto lo sume nuevamente en la desesperación.

En ambos poetas, atentos a la problemática contemporánea, se evidencia un *empeño civil* (Fedeli 1991). En Horacio, el tono de su discurso trasunta la densa atmósfera de , agotamiento por las luchas intestinas, la incertidumbre y las angustias que se vivían antes del encuentro definitivo entre los dos grandes de Roma; en Virgilio, en cambio, alternan poemas de tonos trágicos con otros más esperanzados y optimistas debido a que su producción coincide con situaciones sociales y personales relacionadas, en parte, con las expropiaciones de tierras pero que, en su caso, fueron superadas luego gracias a la protección de amigos influyentes como Asinio Polión. Ninguno de los dos ha tomado aún contacto con Mecenas; de ellos, Horacio está más bien fuera del círculo de los conductores de la política romana mientras que Virgilio mantiene contacto con los personajes más importantes del momento político.

Al contexto histórico-político se debe, en cierta medida, sus visiones de la realidad y la forma de escribirla. De allí se explica que un mismo referente histórico organice un texto poético diferente en su naturaleza, tono y estilo. Horacio elige el épodo, discurso de invectiva, de estructura entrecortada y a veces hasta fragmentaria, de tono polémico, incisivo, crítico; Virgilio se decide por la bucólica, composición de tono, sereno y dulce que idealiza la realidad presentando un mundo campestre y arcádico. Los une, sin embargo, el predominio de la función perlocutiva de su poesía al comprometer la adhesión total -estética y pragmática- del receptor y al moverlo a la acción.

En la época augustal, en plena conformación de un nuevo orden, el mito

manteniendo constantes el tipo de oposición, de topos y de estilo, puede asumir funciones diferentes (Pianezzola, 1979). Una de ellas estriba en que, convertido en motivo literario, puede interpretar la crisis de la república. La propuesta superadora no se retrotrae nostálgicamente al pasado, aunque las metáforas de la Edad de Oro y de las Islas Bienaventuradas sean esencialmente fuga del tiempo y espacio presentes y estén ubicadas en un *illo tempore*. El relato no presenta tanto el refugio en un pasado mítico como la idealización de una nueva realidad política. Se acentúa, pues, su función prospectiva y asume la forma de profecía o celebración de una nueva era, colocándose fuera del eje narrativo.

La Edad de Oro por instaurarse mantiene sus rasgos distintivos tradicionales: representa un mundo armónico, cerrado, estático. Hay en él una perfecta conjunción entre deseo/necesidad y satisfacción ya que el hombre no necesita ni desea más de lo que es posible satisfacer; el ser humano se religa panteísticamente con la naturaleza, llevando una vida feliz, sin sobresaltos ni expectativas. Una imagen similar ofrece la visión de las Islas Bienaventuradas.

Enfrentada a la Edad de Oro, la de Hierro encarna el presente de enunciación, compartido por emisor y receptor. La crisis que metaforiza esta edad puede ser interpretada como coyuntural, producto del desarrollo histórico, o como estructural, presente ya desde los orígenes mismos de Roma. La solución puede proyectarse en el tiempo (futuro o presente) y en el espacio (dentro y fuera de Roma); en ambos casos, afecta a la totalidad del mundo romano.

HORACIO organiza el espacio discursivo del Epodo XVI alrededor de un eje isotópico que atraviesa los distintos planos poéticos y estructura el poema en dos unidades claramente diferenciadas: la primera, connotada negativamente, representa el presente caótico; la segunda está concebida positivamente como su superación.

Desde el punto de vista morfosintáctico, el poema se inicia con un presente negativo, expresado en los verbos *teritur* y *ruit* (vs.1,2) y reforzado por el adverbio *iam* (v.1) que marcan la existencia de una realidad crítica de la cual el poeta mismo busca alejarse mediante la referencia, en tercera persona, a una altera aetas y a una *Roma que suis...viribus ruit* (vs.1,2). Se refuerza la imagen de este presente con la mención del pasado igualmente en crisis, acosado de peligros pero al menos no vencido. Ambos, presente y pasado, establecen una nueva relación con el futuro inmediato, sentido también como negativo pues la anulación de Roma es inminente: *perdemus* (v.9).

Semánticamente, se oponen con insistencia dos campos: *civis vs. barbarus*, ambos negativos, implican aspectos sociales como culturales e individuales. Al distanciamiento inicial dado por la mención de Roma/ella y de los bárbaros/los otros, le sigue un nivel de mayor participación pues el poeta se incluye en el discurso: *impia perdemus devoti sanguinis aetas* (v.9). El poema evoluciona desde planteos impersonales a la integración emisor-receptor, sociedad-hombre y ofrece un movimiento de progresivo acercamiento y compromiso del poeta con sus conciudadanos frente a la crisis generalizada que asume como común a todos por la responsabilidad de haberla provocado y de no encontrar caminos de superación.

El poema busca instaurar un espacio, un tiempo y un sujeto que parecieran haber desaparecido del referente histórico; así se plantea un diálogo ficticio entre el poeta y los *cives* que acuden a él en busca de respuestas. La pregunta retórica de los versos 15 y 16 (*¿Forte quid expediat communiter aut melior pars /malis carere quaeritis laboribus?*) sirve de nexo entre la presentación negativa del presente y la formulación positiva de un programa. Si el presente de Roma es aterrador pues ella corre el riesgo de ser su propio agente destructor y de expulsarse a sí misma al plantearse la posibilidad de un sacrilegio aún mayor que el de sus orígenes, la respuesta es también desgarradora: consiste en la huida sin regreso a las Islas bienaventuradas. La comparación de destinos semejantes entre Roma/presente y los *Foceos*/pasado lleva a la oposición entre lo propio y lo ajeno; el nuevo espacio en donde se reactualiza la felicidad (Edad de Oro) está fuera de Roma ya que dentro de ella no hay garantías posibles de realización.

De esta manera, la historia de Roma deja de formar parte de un documento para ser tamizada por la conciencia estética que le permite ficcionalizarla y aún más, relacionarla con el mito. Una vez instaurado el nuevo espacio poético -el mito de la Edad de Oro en las Islas Bienaventuradas- el sujeto lírico, mediante la función perlocutiva del juramento, plantea la misma propuesta como imposible: al no haber partida, tampoco habrá regreso. Todo queda reducido al plano del deseo. es este el punto de mayor tensión entre la crisis destinadora del poema y la solución que reviste características utópicas de perfección e imposibilidad.

El poeta inaugura, entonces, ese nuevo espacio ideal al que se accede mediante un desplazamiento en el espacio. En las *divetes insulae* (v.42) reina la Edad de Oro. Su descripción se explaya en elementos positivos brindados por la naturaleza y atenúa los negativos, producto de los crímenes y ambiciones del hombre.

Esta caracterización más bien estática y descriptiva aproxima el épodo a la bucólica. En este nuevo mundo, completamente diferente del anterior, en el que el futuro se hace presente y se concretan los sueños de perfección del hombre, no cabe la naturaleza contestataria del épodo sino la mansa e idílica de la bucólica. Quedan así claramente delimitados dos espacios: el de la crisis y el de su superación. En el medio, el poema desarrolla una zona nebulosa que marca el contraste entre ambas partes pero que al mismo tiempo se liga con la primera por su fuerte referencialidad debido al diálogo con un interlocutor implícito (los *cives* o sociedad romana) y con la segunda por la enumeración de imposibilias que preanuncian el espacio textual de lo puramente ideal.

Los versos finales del poema retoman la oposición semántica de sujetos del cambio: a la tercera persona generalizada, seguida por la primera que incluía a todos los romanos, se contrapone ahora otra tercera persona selectiva, ya anunciada en el verso 37: *aut pars indocili melior grege* pero claramente delimitada en el verso 63: *Iuppiter illa piae secrevit litora genti*. En este verso queda explicitada la concepción de Horacio sobre su sociedad: no todos tendrán acceso a ese nuevo espacio. La selección se basa en un principio ético-religioso y político que deja fuera del ámbito de los elegidos a todos los que han abandonado la *virtus*, sentida como el ejercicio del servicio a la comunidad y de contención individual.

Todo el poema adquiere la fuerza de un vaticinio a través del cual enuncia contundentemente una profecía que se siefite como deseable pero que se sabe imposible de concretar. Gracias a la transmutación hombre-poeta-vate, el sujeto poético queda investido de autoridad social, al ser poseedor de la palabra. El mito de la Edad de Oro y de las Islas Bienaventuradas está tomado como propuesta superadora, entendida esta como fractura con la realidad y como instauración de un otro mundo perfecto.

Posteriormente, el discurso horaciano evoluciona ya que desde esta respuesta contestataria cambia hacia una propuesta de adhesión al régimen del cual participa. De esta manera Roma, la heroína de Occidente, protagonista por excelencia, surge en la historia como único espacio real de las acciones del hombre antiguo frente al espacio ideal creado por la poesía para dar cabida a sus sueños.

VIRGILIO refleja en la Bucólica IV el fuerte impacto emocional del tratado de Bríndisi que le hace revivir su fe en los ideales de la patria y en el poder de Roma: actitud básica opuesta a la de Horacio.

Si el poeta elige el tema de la Edad de Oro y el género bucólico como sistema modélico de poetizar la realidad es porque ambos son estéticamente los más adecuados para cantar un himno a la tierra italiana y a la paz surgida de un nuevo orden político y para expresar mejor el optimismo en el futuro de Roma.

El poema se inicia con una exhortación a las Musas de la poesía bucólica; la invitación a sobrepasar el nivel humilde de lo puramente pastoril anticipa la importancia del tema a tratar, con lo que despierta en el receptor mayor expectativa.

A igual que Horacio, Virgilio reviste su poema bajo la forma d de un vaticinio emitido por la Sibila de Cumas que él, a su vez, mediatiza, interpretándolo y anunciando su propia profecía visionaria de lo que para él es la felicidad: armonía entre la naturaleza cósmica (paisaje bucólico) y humana (niño-adolescente-hombre)

El anuncio de una edad portadora de prosperidad cobra realidad desde el comienzo del poema: su llegada es tan inminente que las acciones de los verbos están expresadas en presente: *venit/nascitur/redit/redeunt /demittitur* (Vs.4 a 7) y reforzadas por la reiteración anafórica del adverbio *iam* (vs.5 y 6): un mismo recurso pero diferente función pues en Horacio caracteriza el presente negativo mientras en Virgilio anuncia el futuro inmediato positivo.

La visión negativa de la realidad contemporánea, que en Horacio abarca la primera parte del poema, en Virgilio aparece brevemente consignada en el adjetivo *ferrea* (v.8) para indicar su finalización; también alude a ella cuando menciona: *...sceleris vestigia nostri* (v.13), alusión sutil pero de fuertes efectos en el receptor porque actúa con todo el vigor de un latigazo al ligar el poema a su contexto histórico presente y a una historia de crisis permanente que tiene su origen en el fratricidio de Remo.

El poeta se dirige a un tú, niño, que acaba de nacer, con quien se concretará la nueva Edad de Oro; introduce así en el discurso el elemento humano que, juntamente con el orden natural -en plena armonía- constituyen los pilares de

la sociedad futura, perfecta y feliz.

En la primera parte del poema se conforman, pues, el sujeto, el tiempo y el espacio: *Ultima Cumaei venit iam carminis aetas* (v.4),...*nascenti puero* (v.8),... *to-to surget gens aurea mundo* (v.9) como elementos estructurales que gestarán el paso de la Edad de Hierro a la de Oro. En tanto la primera se identifica con la crisis o infelicidad presente, la segunda queda prefigurada como el espacio de su superación o de felicidad futura. Su concreción comprende el desarrollo del núcleo central del poema y en él se centra lo medular de la ideología augustal, inserta en el discurso ya en los versos 15-17: la edad feliz es concebida como un mundo pacificado por un mediador que participa de la naturaleza divina, basado en la *iustitia* y el *ius* y ubicado en el campo, espacio posible de realización de las aspiraciones.

Para desplegar su profesía, Virgilio contempla paralelamente el avance de la Edad de Oro y el desarrollo de la vida del niño. Las etapas de renovación del mundo se corresponden con las del crecimiento del *puer*. Progresivamente el receptor es llevado a la visualización de la Edad de Oro cuyas cualidades se sintetizan en el verso 39: *omnis feret omnia tellus*. Insiste, a partir de allí en los *topoi* de esta edad. En la visión arcádica de la naturaleza y en la *religio* del hombre con ella y con los dioses se centra su anuncio visionario, símbolo de que Roma debe abreviar sus fuerzas en la tierra, propuesta poética y pragmática al mismo tiempo, condensación lírica a través de la cual Virgilio entona su homenaje a la tierra y al nuevo orden político. Surge así, netamente delimitado, un espacio de realizaciones que -a diferencia de Horacio- no está afuera sino en la misma Italia y, más aún, en todo el imperio romano. Para que se concrete es necesario un cambio de actitudes pues el romano debe abandonar sus ambiciones de poder y dinero y comulgar vitalmente con la naturaleza y con los dioses. Esa felicidad se instaurará en Roma gracias a la voluntad del FATUM (en este punto coincide con Horacio). El imperativo de las Parcas Talia *saecula... currite* (v.46) reafirma la concepción providencialista que da sentido a la propuesta virgiliana.

Finalizada la enunciación de la profesía, el emisor manifiesta su entusiasmo en expresiones de elevado lirismo. El deseo de una larga vida y de conservar la capacidad del canto le permiten afirmar su superioridad con respecto incluso de los mismos dioses. El poeta asume la voz del pueblo, convirtiéndose así en su intérprete y la poesía, en su palabra autorizada.

El poeta recupera la imagen infantil mediante una última exhortación al niño. Esta estructura circular del poema responde a una concepción cíclica de las edades; el vaticinio queda así encerrado por la visión de la infancia, la edad más pura del hombre. Su sentido primordial es que todo lo anunciado no es más que un sueño personal pero que puede ampliarse a la sociedad toda y adquirir valores universales.

El poema, de neto corte profético, representa una propuesta superadora del presente y el anuncio de un futuro feliz. Al conjugar providencialismo con *pietas* el poeta reactualiza el mito de la Edad de Oro, espacio en donde uno y otra se unen, y le otorga nuevos sentidos. Es la metáfora del futuro de Roma, es la

proyección de un estado espiritual perfecto, es el anuncio de una felicidad que quizás no se concrete nunca plenamente pero que basta que se la piense y cree con la palabra para que esta visión alimente la esperanza, ennoblezca los sueños y permita transgredir los límites de la pura realidad al mundo de los ideales.

En conclusión, si bien ambos poetas parten del sentimiento de preocupación ante una situación de caos y de crisis, Horacio manifiesta su desesperación y desconfianza en el destino final del estado y de sus clases dirigentes e insta a abandonar a Roma y a buscar la felicidad fuera de ella, en las Islas Bienaventuradas en las que encarna la Edad de Oro. Virgilio, en cambio, cree con optimismo que la superación de la crisis debe encontrarse en la misma Italia, ámbito físico y cultural de la nueva Edad de Oro.

Los espacios poéticos creados tienen una misma génesis pero se diferencian en cuanto a la ideología que los sustenta. Uno es el rechazo, desde fuera del círculo del poder, de toda una sociedad; el otro es el canto fervoroso de quien se sabe partícipe del poder.

La poesía se transforma así en un arma vital de modelización del mundo. A través del mito, portador de valores paradigmáticos de una cultura determinada, la propuesta se convierte en puro hacer poético. Gracias al mito, el poeta puede crear un otro mundo ficcional, espacio de sueños, aspiraciones, ideales. La escritura confiere a ambos poetas autoridad por medio de la cual pueden oponerse a una determinada concepción política o apoyarla y difundirla. Ello revela, por lo tanto, que este tipo de poesía no cumple una función exclusivamente estética, al margen de lo social, sino que forma parte de una cadena de discursos sociales con los cuales comparte su compromiso con la realidad.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- Q. HORACIO F. *Odes et Epodes*. Paris, 1946, Belles Lettres.
 Obras Completas. España, 1967, Madrid.
- FEDELI P. *Letteratura Latina*. Napoli, Italia, Il Tripode, 1991.
- PIANEZZOLA E. *Forma narrativa e funzione paradigmatica de un mito:
l'età dell'oro latina*.
Roma, Ed.S-L. 1979.
- P.VIRGILIO M. *Bucólicas*. Buenos Aires, Eudeba, 1982.

